

Juan del Val
Del paraíso



Delparaíso es un lugar seguro, vigilado las 24 horas, lujoso e inexpugnable. Sin embargo, sus muros no protegen del miedo, del amor, de la tristeza, del deseo y de la muerte. ¿Acaso tiene sentido protegerse de la vida?

Juan del Val dirige su mirada, lúcida e implacable, a este mundo tan hermético como inaccesible para construir una narración absorbente, a veces divertida y a menudo incómoda. Bajo su aparente sencillez, prácticamente en cada página el lector tendrá que enfrentarse a un dilema moral que le hará leer con el corazón en un puño.

Índice de contenido

Cubierta

Delparaíso

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

Sobre el autor

A ese chico que escribe en pijama

1

Luis Prado le da un beso a su mujer y siente que ella puede darse cuenta. Le pasa siempre lo mismo, pero la respuesta rutinaria de Eli le tranquiliza y su respiración vuelve a ser acompasada. «¿Qué tal el día?». Luis pasa por encima en el repaso de su jornada en Urquijo-Prado, el despacho de abogados del que es dueño junto a su cuñado Borja Urquijo, el único hermano de Eli. Luis Prado lleva haciéndose cargo de todo desde hace meses. Así tendrá que ser hasta que Borja se recupere, vuelva a trabajar y a ser el que era, si es que eso sucede alguna vez.

Eli Urquijo no quiere que nadie la llame Elisa. Casi nadie lo hace, salvo Luis, que cuando discuten, finge que no se da cuenta: «No me jodas, Elisa; deja de gritar, Elisa; no sé de qué me hablas, Elisa...». Eli se siente mayor. Primero empezó sintiéndose gorda y ahora se siente mayor y gorda. Así se ve ella. Nota que sus muslos se ablandan según pasan los días, gelatinosos, la piel se hunde y remonta hasta el siguiente hoyuelo. A veces se ilusiona mientras se aplica la crema anticelulítica antes de irse a dormir, estira la piel de los muslos con las dos manos dándoles una tersura instantánea, ficticia, que dura hasta que las manos dejan de hacer fuerza y a sus muslos vuelven los cráteres. Es herencia de su madre. La primera liposucción hizo algún efecto, la segunda ya apenas se notó. Claro que en la primera era más joven, nada más nacer Cristina. La segunda se la hizo cuando llegaron los mellizos. Mañana cumplen diez años y

ella no ha vuelto a recuperar su peso. Sabe que le faltan por recuperar muchas más cosas y de vez en cuando tiene miedo de que ya no le dé tiempo. Mañana cumple cuarenta y cinco años. Su médico programó la cesárea para que Luis y Martina nacieran el mismo día que ella.

Lorena Rosales es vecina de Eli y Luis. No hace nada. No trabaja, y eso para Eli es no hacer nada. La verdad es que sí hace. Hace *Bikram* yoga, hace *spinning*, hace meditación, hace senderismo, hace dieta macrobiótica... Su marido, Luca Sandovich, es exfutbolista, representante, intermediario, mediador de acuerdos entre clubes, jugadores y padres de jugadores, que suelen ser los más difíciles. Luca y Lorena irán mañana sábado a casa de sus vecinos Luis y Eli, que celebran el cumpleaños de ella y de los mellizos. Irán con su hija Jimena, que es guapísima como su madre y muy rubia, como su padre y su madre.

A pesar de ser viernes, Luis y Eli no saldrán a cenar esta noche. Han cenado ligero en la cocina después de que Cristina y los mellizos se hayan ido a dormir. Seguro que la mayor sigue despierta, enganchada al móvil, pero esta noche sus padres no tienen ganas de discutir con ella —«adolescente caprichosa»— para que no utilice el teléfono en la cama. Después de cenar han subido a la habitación y han repasado lo necesario para la fiesta de cumpleaños de mañana. Eli ha encargado un *catering*, vendrán camareros; es lo mejor porque la chica de servicio no dará abasto, al final se juntarán unos setenta invitados. Acudirán empleados de Urquijo-Prado, compañeras de la galería de arte de en la que trabaja Eli, madres de los amigos del cole de los niños, compañeros de pádel de Luis y, además de Luca y Lorena, están invitados bastantes vecinos de la urbanización Delparaíso.

Luis y Eli compraron la casa de Delparaíso poco antes de comenzar a construirse. Casi setecientos metros habitables, con una pequeña parcela de otros cuatrocientos en la que caben porche, jardín y una piscina. Las setenta casas

de Delparaíso son iguales, al margen de la decoración que cada uno decida. De los despropósitos estéticos en el interior de algunas casas y de su vulgaridad nadie es responsable, salvo los dueños. Eli piensa que hay personas que no merecerían vivir en Delparaíso por su pésimo gusto. Le desespera que algunos propietarios utilicen la palabra chalet, «casa, se dice casa». «El problema es que para vivir aquí solo es necesario tener dinero».

Eli y Luis han empezado a ver en la cama un nuevo episodio de una serie que les han recomendado unos amigos. Eli cree que toca hacer el amor, ha pasado casi un mes desde la última vez. Fue divertido, después de una cena con unos amigos en la que se emborracharon, estaban contentos, se parecía a aquellos tiempos en los que se deseaban, cuando Luis hacía que se estremeciera con solo tocarla; ni siquiera eso: solo con un beso se humedecía. «¿Juventud? La edad es una excusa, es el paso del tiempo con la misma persona lo que mata todo». Eli pone su mano en la pierna de Luis. Luis duda un instante. Le da pereza, pero quizás sea necesario. Él también cree que ya toca. Duda de si podrá, hace apenas dos horas que se corrió con Carolina. Se acuerda de ese momento y se excita, pero es Eli quien está a su lado buscando su boca, rogando un beso. «Estoy cansado», se disculpa. Eli, que ya ha hecho lo más difícil proponiéndolo después de tantas semanas, no quiere frustrarse y busca con la mano por dentro del calzoncillo de Luis. Es viernes. Luis piensa que negarse será peor y accede. Eli apaga la luz y se mete por debajo de las sábanas. Luis se concentra cuando Eli le busca el pene con los labios, con su lengua, intentando ponerlo duro, lo suficiente al menos para poder sentirlo dentro de ella. La erección de Luis es más mecánica que apasionada, pero sentir cómo crece dentro de su boca excita a Eli. Moja dos de sus dedos con saliva para lubricarse, hace falta algo de ayuda, pero hoy no utilizará ninguna crema lubricante. Eso les quita las ganas a los dos, a ella más por lo que significa. Hoy no hará falta. Eli

entiende que es el momento y se pone encima de Luis, que la mira desde abajo. Ella prefiere no quitarse la camiseta. Sus tetas son demasiado flácidas, no ayuda que sean tan grandes. Sus tetas volvían loco a Luis cuando además de grandes no estaban muertas. Luis piensa en Carolina y en su cuerpo joven, en la fresa mordida tatuada en su culo. En sus pechos redondos, de pezones pequeños y oscuros, en su vientre liso y luminoso y el *piercing* de su ombligo, en su pubis depilado, en su manera de correrse, ese último gemido cuando parece morir, tan joven, tan bella. Eli se mueve encima de Luis, que vuelve a la realidad y no puede evitar mirar a su mujer con compasión. Se entristece un poco, es la conciencia. Eli exagera su placer, pero nota cómo Luis se ablanda dentro de ella. Suda él, ella se frustra y se tumba en silencio, cubriéndose de cintura para abajo, su torso ya lo escondía debajo de la camiseta. «Lo siento», él. «No pasa nada», ella. Eli busca sus bragas y pasa al baño a lavarse con ellas en la mano, Luis enciende la luz y busca el mando de la tele. Mañana hay fiesta en casa.

2

Mariano es el jefe de seguridad en Delparaíso. Seguramente él tendrá también un jefe, pero todo el mundo sabe que Mariano es el encargado de todos los guardias de seguridad de la urbanización. Mariano ronda los cincuenta y siempre fue fuerte. En realidad, siempre se ha ganado la vida por serlo, un tipo duro. Boxeó de joven, transportista de muebles, obrero de la construcción, albañil con su propia empresa de reformas. Un desastre de empresa. La montó con su cuñado, un bala y un golfo, como su exmujer: hermanos, la misma sangre. Mariano tiene una hija con ella, lo único que le une a aquella mujer. Ya es mayor, casi veintiún años, y es su debilidad. Vive en una habitación en un piso compartido en el centro de Madrid, quiere ser actriz, es una buena chica que tampoco se lleva bien con su madre. Mariano se dejó de hablar con su cuñado y con su ex el mismo día que dieron por disuelta su empresa de albañilería. Él se quedó con la furgoneta; «Reformas La Familia», ponía en el lateral de chapa. Le dieron menos por ella de lo que debía. Al cuñado lo tumbó de dos puñetazos y lo dejó sin conocimiento después de enterarse de que se había gastado todo lo que había en el banco, lo que se había ganado en un año entero de chapuzas para pagar la furgoneta y el local en el que también lucía un letrero rojo sobre fondo blanco: Reformas La Familia. Su mujer, su exmujer, se colgó de su cuello para evitar que siguiera golpeando a su hermano y le

mordió una oreja con todas sus fuerzas; le arrancó un trozo no muy grande, pero que, si te fijas, se nota un poco.

Después de Reformas La Familia, Mariano empezó en la noche de camarero en una discoteca de Villaverde Alto y a él se recurría si había lío. En eso era más eficaz que poniendo copas. Solo con su presencia, pero también con su mirada, era capaz de evitar una bronca. Miraba de esa forma en la que hasta los más desafiantes se empequeñecían, esa manera de mirar en la que el de enfrente sabe que la pelea no es una buena opción. Eso se sabe mucho antes del primer golpe. El dueño de la discoteca se hizo su amigo, tenía más discotecas, le puso un traje y le hizo jefe de todos los empleados de seguridad de todos sus locales. Mariano ascendió, ya no se tenía que pegar casi nunca. Conoció a Carmen, una buena mujer, la vecina que vivía puerta con puerta en el piso que alquiló, después de separarse, en la parte de Moratalaz más pegada a la M-30; Corregidor Rodrigo Rodríguez se llama la calle. Carmen, viuda y con un hijo de dieciocho años llamado Cristóbal, que tiene la misma cara y el mismo nombre que su difunto marido, estaba regando unos geranios que había en las ventanas que daban al patio interior el día que Mariano se mudó a vivir a aquel piso. «¡Buenos días...! Soy su nuevo vecino... Me llamo Mariano... Encantado de conocerla». Carmen le sonrió antes de devolverle el saludo con menos detalles de los que le había dado su nuevo vecino, «¡Hola!», y siguió regando los geranios. A Mariano le gustó Carmen, su pelo rojizo, sus ojos —los recordó verdes cuando cerró la ventana, pero no estaba seguro en ese momento— y su sonrisa, aunque tampoco recordó la forma de su boca. Daba igual. Le gustó ella entera, no le importaron los motivos.

Carmen fue la causa por la que Mariano abandonó su trabajo de noche y entró como jefe de seguridad en Delparaíso; tuvo que ponerse uniforme, lo único malo, pero aquí se siente muy bien. La mayoría de los vecinos le aprecian, conocen su nombre y saben que es la persona a la que hay

que recurrir cuando se necesita algo en la urbanización. Sus compañeros le respetan, él elabora los turnos de todos los vigilantes que están custodiando Delparaíso las veinticuatro horas de lunes a domingo. Siempre hay un mínimo de tres, y él suele coincidir casi siempre con Andrés, que es su hombre de confianza entre el resto de los vigilantes. Andrés es el mejor amigo de Mariano, también el único de verdad. Se conocieron cuando los dos trabajaban como seguridad en las discotecas y se hicieron inseparables. Andrés había pasado, siendo más joven, algunas noches en los calabozos de plaza de Castilla por algunos hurtos menores y más tarde, dieciocho meses en la prisión de Alcalá Meco por tráfico de drogas. A Mariano eso le dio igual, vio en él esos códigos de honor que dan los barrios, esa lealtad indestructible al compañero cuando las cosas se ponen feas, cuando la amistad es un arma para sobrevivir.

Mariano está en un buen momento de su vida, lo siente así. Ama a Carmen y adora a su hija, la aspirante a actriz de veintiún años. Es una buena chica, trabajadora y responsable. En el último año viene bastante por la urbanización, porque se saca algún dinero haciendo de canguro en algunas casas de Delparaíso. A la que más va es a la de Luis Prado y Eli Urquijo, porque a los dos mellizos del matrimonio les encanta quedarse con ella. Mariano le ha oído decir muchas veces a su hija Carolina que son un matrimonio encantador.

3

«No es posible una nueva ampliación de la hipoteca». Sergio ha escuchado esa frase del director del banco como si fuera una sentencia a muerte. Puede que sea solo una forma de hablar, o no, pero Sergio siente que es el final. Sergio Goicoetxea es incapaz de pronunciar ninguna palabra, suda, nota cómo se empapa su camisa, cree que está humedeciendo la americana gris claro de su traje de Etro de tres mil euros; se lo regaló Yolanda por su cumpleaños junto a una corbata verde de topos blancos. Él tardó en entender que los topos eran lunares, y por algún motivo extraño se le viene en este momento a la mente aquella confusión, ese instante en el que se rio junto a Yolanda cuando le confesó que creía que los topos solo eran los bichos esos que apenas ven. Ahora sabe que aquella risa junto a Yolanda era amor. Tan cerca lo tenía y no se dio cuenta. Por mucho que lo afloja, el nudo de la corbata verde de topitos blancos le sigue oprimiendo el cuello.

El director del banco aguanta el silencio de su cliente con la cabeza baja mirando un papel en el que finge leer algo. Sergio Goicoetxea está acabado en la silla de enfrente de Pascual Ramírez, que está deseando que Sergio Goicoetxea se vaya de su despacho y que pronto sean las tres de la tarde para marcharse a casa y empezar el fin de semana. A Pascual Ramírez le nombraron director del departamento de clientes preferentes del Banco Europeo. Pascual Ramírez jamás tendrá la posibilidad de reunir el dinero que